


POR TIERRA FRAGOSA

A ORILLAS DEL JÚCAR



QUEDAMOS en que la tierra de Cuenca, es un venero de maravillas. Así lo manifiestan algunos bravos aventureros que se internaron por estas tierras escarpadas.

Dicen que, cobijada entre pinos y rocas, existe una aldea por la que no han pasado los siglos; que todavía los viejos llevan luenga capa, las mozas zagalejo gayo, y los mozos guitarros para festejar por las noches a sus zagalas bonitas. Dicen también, que existe una ciudad a la que llaman encantada, una pétreo ciudad abandonada, silenciosa, en cuyo recinto sólo viven lagartos y murciélagos.

En fin, tales hechizos nos han referido, que sin tardanza, hemos trincado unos sendos atillos, y hoy, bien de mañanita, para poder andar con la fresca del crepúsculo, hemos cogido mi amigo y yo la orilla del Júcar y nos hemos lanzado tierra de Cuenca adentro.

Caminamos de prisa, espoleados por el deseo de ver tanta lindeza. Pasamos por bajo de la ciudad. El río, como una larga lámina de acero, brilla hacia delante. Van desapareciendo las casas, los vestigios todos de población, de humanidad. El Júcar tuerce, brusco, hendiéndose en la serranía. Estamos en plena naturaleza, casi en pleno bosque virgen, apenas si hollado por el hombre, apenas si cruzado por algunos rebaños trashumantes, que vienen de tierras lejanas en busca de la yeba jugosa.

El campo castellano ofrece un rudo, un formidable contraste con el campo gallego. Galicia es una inmensa ciudad. Nunca dos casas desaparecen la una de la otra. En todas partes labradores, mendigos, viajeros, aun en los más apartados lugares, dan señales de vida. Aquí, pasada una legua, nos hallamos en pleno bosque. No hay casas, ni caminos. Unos pinares gigantescos, sombríos, un río apacible, una llanura amoratada, un sol que ríe en la mitad del firmamento que mancha los puntos lejanos de los buitres, pandos, sosegados, con sus alas abiertas, inmóviles en el viento. Caminamos tres horas sin detenernos a resollar. Nadie nos ha salido al encuentro. En todo el amplio horizonte, no hemos divisado una vivienda ni una guarida. Entre

el bosque, mi acompañante ha creído advertir huellas de lobos.

A la una de la tarde hacemos alto para comer. Buscamos agua, el agua campesina para nuestras fauces sedientas. Ya hemos dejado el Júcar a la espalda. Pero un regato que viene derrumbándose entre peñas, reidor, frío, saltarín, nos ofrece su refrigerio. En un remanso, se agitan las libélulas ágiles, moviendo afanosas sus patitas febles, para evitar que la corriente de las aguas las arrastrase lejos.

Almorzamos. A la sombra de un roble nos tendemos, después, para dormir una siesta beatífica. A las tres de la tarde, emprendemos de nuevo la marcha.

Caminamos leguas y leguas. Valdecabras, nuestra pequeña tierra de promisión, no aparece por parte alguna. El miedo, sagaz, se va metiendo en nuestros corazones. Estamos en un país deshabitado. No llevamos comida de repuesto. Hemos atisbado huellas marcadas en el suelo, por lobos feroces.

Al fin oímos el tintineo jovial de una esquila. Corremos en su dirección. Un zagal apacenta sus cabras, urdiendo el aprisco para guarecerlas llegada la noche.

—¿Falta mucho para llegar a la aldea?

El zagal, receloso, nos mira con estupor, asombrado de nuestra indumentaria.

—Dí, ¿falta mucho para llegar a la aldea?

—Un par de leguas si van de prisa. Si van despacio, tres.

Esta manera, tan castellana, tan expresiva, de indicar la distancia, nos ha conmovido. Yo le entrego al zagal unas monedas. Después le pido leche de sus cabras.

Ha traído una de los cuernos, pelirroja, bravía, reculando arisca. La hemos sujetado para que no escapase. El pastor ha ordeñado sus ubres plétóricas, ubérrimas. Hemos dado unos tragos de leche espumosa, caliente, bebida en un cuerno burdo. Hemos creído escuchar entre los pinos la flauta de Pan. Hemos visto una fuga de ninfas, y un sátiro que gritaba, persiguiéndolas, entre feroz y amoroso. Hemos seguido caminando. Al fin hemos llegado a Valdecabras.

Luis ANIÓN DEL OLMET.

Del libro «Lo que han visto mis ojos».

ILUSTRACIÓN CASTELLANA llega a todos los Centros de Cultura y Casinos de España, por lo que el anuncio adquiere extraordinaria publicidad y provechosos beneficios.

DE TODO Y PARA TODOS

FRASES POPULARES

¡Todo se ha perdido menos el honor!



A encarnizada lucha que sostenían en Italia los ejércitos del Emperador Carlos V contra los del Soberano de Francia, determinó el cerco de la importante plaza de Pavia, defendida por el célebre guerrero riojano Antonio de Leiva, cuya firmeza en reprimir los asaltos dió lugar a que los no menos ilustres capitanes Marqueses del Vasto y de Pescara y Duque de Borbón, venciendo grandes dificultades, lograran con respetables fuerzas presentarse a la vista de sus muros.

Francisco I, que personalmente dirigía los trabajos del sitio tuvo a cobardía levantar el campo no obstante la escasez de tropas de que a la sazón disponía por haber destacado buena parte de su ejército a Nápoles y Génova días antes de la llegada de los españoles; y desoyendo las prudentes advertencias de su Consejo militar, aceptó la batalla que aquéllos le presentaban.

Jamás, dice un historiador extranjero vieron a las manos dos huestes con mayor furor: jamás se vieron soldados tan animados por la rivalidad, por antipatía nacional, por odio y por cuantas pasiones son capaces de llevar el valor hasta el extremo. Hubo momentos en que los recios castellanos y los sufridos vascos vacilaron ante el empuje de los franceses, orgullosos de pelear a la voz de su Rey; pero el arrojo desesperado de los de la ciudad, la increíble energía de Leiva que, por hallarse gravemente enfermo, se hizo conducir al sitio del combate para animar a los suyos, y la habilidad de Pescara, lograron uno de los triunfos más señalados que registra la historia militar de España, pues murieron 10.000 enemigos y quedó prisionero el propio Monarca con la flor de la nobleza de Francia que voluntariamente se prestaron a acompañarle en su desgracia. Esta célebre batalla se dió el viernes 24 de Febrero de 1525.

Comentando con gran donaire el vencido soberano, que hasta sus vestidos salieron mal parados del desastre, pues los soldados victoriosos le pidieron permiso para guardar algunos pedazos y los restos de

sus armas, manifestaba por último a la Duquesa de Angulema, su madre: *De toutes choses ne m' est demeuré que l' honneur et la vie qui est sauve.* «Todo se ha perdido menos el honor y la vida que se han salvado».

Lope BARRÓN.

Chistes

—Deme usted un par de botas que no me hagan daño en la cabeza.

—¿Cómo?

—Sí, señor, porque mi mujer tiene la costumbre de tirármelas a la cabeza.

Un pintor visita a un comprador de cuadros.

—¿Cuánto me da usted por este lienzo?

—Diez duros.

—Es poco; aún no me estoy muriendo de hambre.

—Bueno, esperaré.

Casi he terminado mi tragedia — dice un autor — pero no sé como hacer morir a mi héroe de modo original al final del quinto acto.

Pues la cosa es muy sencilla. Hazle leer los cuatro primeros.

CONTRARIEDAD



—¿Qué broma! Vestido con traje nuevo y sin tener adónde ir.